



# CRISTO *y* LÁZARO

*Consuelo en la  
enfermedad y en la muerte*

Robert Murray McCheyne  
(1813-1843)

# CRISTO Y LÁZARO

## *Consuelo en la enfermedad y en la muerte*

### Contenido

1. La enfermedad de Lázaro.....	4
2. La demora amorosa de Cristo .....	9
3. La muerte de Lázaro.....	14
4. Consuelo ante la muerte .....	18
5. Jesús se encuentra con María y Marta.....	23
6. «Jesús lloró».....	27
7. La resurrección de Lázaro.....	30

Este folleto se publicó originalmente como *Christ and Lazarus: Comfort in Sickness and Death*.

Copyright © 2025 Chapel Library: esta edición en español. Traducido y editado por Jorge E. Castañeda.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos o para bajar nuestro material sin cargo alguno, por favor visite [www.ChapelLibrary.org](http://www.ChapelLibrary.org) o póngase en contacto con:

**CHAPEL LIBRARY**

2603 West Wright Street  
Pensacola, Florida 32505 USA

*Teléfono: (850) 438-6666*

*chapel@mountzion.org • [www.ChapelLibrary.org](http://www.ChapelLibrary.org)*

# CRISTO Y LÁZARO

## *Consuelo en la Enfermedad y en la Muerte*

Una visita a Betania

**L**A siguiente descripción de la Betania moderna se extrae de un volumen muy interesante publicado por la Junta de Publicaciones, titulado *Narrative of a Mission of Inquiry to the Jews, from the Church of Scotland, in 1839*. Los autores del volumen fueron Andrew Bonar y Robert Murray McCheyne. Parece formar una introducción apropiada a este pequeño volumen. —*Editor de la Junta Presbiteriana de Publicaciones.*

Descendiendo y dejando el camino de Jericó, llegamos de manera bastante repentina a Betania, llamada por los árabes Azarieh, por el nombre de Lázaro. Hallamos este siempre memorable poblado muy semejante a lo que habríamos imaginado. Está casi escondido en un pequeño barranco del Monte de los Olivos, tanto que desde lo alto no se puede ver. Está rodeado de árboles frutales, especialmente higueras y almendros, olivos y granados. El barranco en el que se encuentra está aterrizado, y las terrazas están cubiertas ya sea de árboles frutales o de campos de grano ondeante. No hay muchas casas habitadas, quizás unas veinte, pero abundan las huellas de ruinas antiguas.

La casa de Lázaro nos fue mostrada: un edificio sólido, probablemente una antigua torre, designada por la tradición como la Casa de Lázaro. Quienes le dieron ese nombre, incapaces de concebir otra razón, imaginaron que solo una posición destacada o una cierta eminencia mundana podían atraer la atención del Señor Jesús. No comprendían que Cristo ama soberana y libremente.

El sepulcro llamado la Tumba de Lázaro atrajo más nuestra atención. Encendimos nuestras velas y descendimos los veintiséis escalones tallados en la roca, hasta una cámara profunda en la peña, con varios nichos para los muertos. Si este es realmente el sepulcro donde Lázaro yació cuatro días, y que entregó a su muerto al mandato de Jesús, es imposible asegurarlo. La objeción común, que es demasiado profundo, parece totalmente infundada, pues nada en la narración indica que la tumba estuviera a nivel del suelo; además, no es improbable que hubiese otra entrada más abajo en la ladera. Una objeción más fuerte es que la tumba está en las inmediaciones del poblado, o en realidad

dentro de él; pero es posible que la aldea moderna ocupe un terreno algo diferente al de la antigua.

Sea como fuere, no cabe duda de que este es «Betania, la aldea de María y de Marta su hermana...cercana a Jerusalén, como a quince estadios» (Jn. 11:1, 18). ¡Cuán gratas son todas las asociaciones que la rodean! Quizá no hubo en toda la Tierra Santa un lugar que nos brindara un gozo tan pleno. Incluso nos parecía que la maldición que por doquier se percibe tan visiblemente sobre la tierra, aquí había caído con más suavidad. En cuanto a su situación, nada podía corresponderse mejor con nuestra imaginación previa de aquel lugar al cual Jesús se complacía en retirarse al anochecer, lejos del bullicio de la ciudad y de las molestias de las multitudes incrédulas— a veces recorriendo el camino por donde nosotros habíamos venido, y quizá, más a menudo aún, subiendo la ladera por la senda que pasa al norte de Getsemaní. ¡Qué escena tan apacible! Bajo estos árboles, o en aquel campo cubierto de hierba, se lo podía ver muchas veces en profunda comunión con el Padre. Y a la vista de este paraje verdeante fue donde tomó su última despedida de los discípulos y ascendió para reanudar la profunda e ininterrumpida comunión con su Dios y nuestro Dios (Jn. 20:17), pronunciando bendiciones aun en el mismo momento en que comenzaba a apartarse de ellos (Lc. 24:51). Y fue aquí donde dos ángeles, vestidos de blanco, se pusieron de pie junto a ellos y dejaron este glorioso mensaje: «Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (Hch. 1:11).

## 1. La enfermedad de Lázaro

*«Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con sus cabellos). Enviaron, pues, las hermanas a decir a Jesús: Señor, he aquí el que amas está enfermo. Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella» (Jn. 11:1-4).*

«El hombre nace para la aflicción, como las chispas se levantan para volar» (Job 5:7). La enfermedad recorre el mundo—no perdona a ninguna familia, sea rica o pobre. A veces toca a los jóvenes, a veces a los ancianos, y en ocasiones a los que están en la plenitud de sus días y los hace yacer en el lecho de enfermedad. «Acordaos...de los presos, como si estuvierais presos con ellos; y de los maltratados, como que también vosotros mismos estáis en el cuerpo» (Hb. 13:3).

Las razones por las cuales Dios envía enfermedad son varias:

1. *En algunos, es enviada para la conversión del alma.* A veces, en la salud, la Palabra no toca el corazón. El mundo lo es todo. Sus diversiones, sus placeres, sus halagos cautivan tu mente. Dios a veces te aparta en un lecho de enfermedad

y te muestra el pecado de tu corazón, la vanidad de los placeres mundanos, y provoca la dolencia del alma que la conduce a Jesús (Job 33; Sal. 107).

2. *Otras veces, para la conversión de los amigos.* Cuando los Covenanters salían a la batalla, se arrodillaban en el campo y oraban, y una de sus oraciones era: “Señor, toma a los maduros y perdona a los verdes”. Dios a veces hace esto en las familias: corta al hijo que ora, al que era medio ridiculizado, medio admirado, para que los demás piensen, se vuelvan y oren.

3. *En ocasiones, como un gesto de juicio.* Cuando los mundanos perseveran en un camino de pecado, contra la luz de la Escritura y las advertencias de los ministros, Dios a veces les frunce el ceño y se marchitan de repente. «El que reprendido muchas veces endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá para él medicina» (Pr. 29:1). «Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen» (1 Co. 11:30).

4. *Y otro caso es el que tenemos delante:* el de un hijo de Dios enfermo, para que Cristo sea glorificado en él.

#### *a. El caso: la persona*

*«Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro» (v. 1).*

Lázaro era evidentemente un hijo de Dios, y aun así, Lázaro estaba enfermo. No se nos dice cómo llegó a la gracia. Su nombre no es mencionado antes. Si se nos permite conjeturar, parece probable que María fue la primera de la familia en conocer al Señor (Lc 10); después quizá Marta dejó su “mucho afán” (Lc 10:40) para venir también y sentarse a los pies de Jesús; y ambas persuadieron a su hermano Lázaro para que viniera también. En todo caso, era un hijo de Dios. Pertenecía a una familia piadosa. Toda la casa era de hijos de Dios—uno en naturaleza y uno en gracia. ¡Dichosa familia en Betania, caminando de la mano hacia la gloria! Sin embargo, allí entró la mano de la enfermedad: Lázaro estaba enfermo. Era particularmente amado por Cristo: «El que amas está enfermo... Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro» (Jn. 11:3, 5). «Nuestro amigo Lázaro duerme» (v. 11). Como Juan, el discípulo amado, así también Jesús tenía un amor especial por Lázaro. No puedo decir por qué. Era un pecador como los demás hombres; pero quizá cuando Jesús lo lavó y lo renovó, le dio más de su propia semejanza que a otros creyentes. Una cosa es cierta: Jesús lo amaba, y aun así, Lázaro estaba enfermo.

1. *No aprendas a juzgar a otros por causa de la aflicción.* Los tres amigos de Job intentaron demostrarle que debía ser un hipócrita y un hombre malo porque Dios lo afligía. Ellos no sabían que Dios aflige también a Sus propios hijos amados. Lázaro estaba enfermo; y aquel mendigo Lázaro estaba lleno de llagas; y Ezequías estuvo enfermo hasta la muerte; y sin embargo, todos ellos eran particularmente amados de Jesús.

2. *Los hijos de Dios no deben dudar de Su amor cuando Él los aflige.* Cristo amaba de manera especial a Lázaro, y sin embargo lo afligió muy duramente. Un cirujano nunca fija su mirada con tanto afecto en su paciente como cuando

introduce el bisturí o sonda la herida hasta el fondo. Así también Cristo: Él posa Su mirada con mayor ternura sobre los suyos en el momento en que los aflige. No dudes del santo amor de Jesús hacia tu alma cuando Él pone sobre ti una mano pesada. Jesús no amaba menos a Lázaro cuando lo afligió, sino más bien— «como el padre al hijo a quien ama» (Pr. 3:12). Un orfebre, cuando arroja oro al horno, lo vigila atentamente.

### *b. El lugar: Betania*

*«De Betania, la aldea de María y de Marta su hermana» (v. 1).*

Betania es una dulce y retirada aldea, a unas dos millas de Jerusalén, en un valle a espaldas del monte de los Olivos. Hasta el día de hoy está rodeada de higueras, almendros y granados. Pero tenía una hermosura mayor aún a los ojos de Cristo: era la aldea de María y Marta. Probablemente los mundanos de Jerusalén conocían a Betania como el lugar de algún fariseo rico que tenía allí su villa de descanso, o de algún noble lujoso que había puesto su nombre sobre aquellas tierras; pero Jesús la conocía solamente como «la aldea de María y de su hermana Marta». Quizá ellas vivían en una humilde casita, bajo la sombra de una higuera; pero aquella casita era preciosa para Cristo. Muchas veces, cuando venía por el monte de los Olivos y se acercaba, la luz de aquella ventana alegraba Su corazón. Muchas veces se sentó bajo su higuera, contándoles las cosas del reino de Dios. Su Padre amaba aquella morada, porque allí habitaban justificados. Y los ángeles la conocían bien, pues día y noche ministraban allí a tres herederos de salvación. No es de extrañar que Él llamara al lugar «la aldea de María y de su hermana Marta». Ese era su nombre en el cielo.

Y así lo es todavía. Cuando los mundanos piensan en nuestro pueblo, lo llaman el pueblo de algún rico comerciante —de algún líder en los asuntos públicos —o de algún gran político que hace ostentación de ser amigo del pueblo; pero no lo llaman el pueblo de nuestras Martas y Marías. Quizás algún pobre altillo donde vive un eminente hijo de Dios es lo que da a esta ciudad su verdadero nombre y su interés ante la presencia de Jesús.

Queridos creyentes, ¡cuán grande es el amor de Cristo hacia vosotros! Él conoce el pueblo donde vivís, la casa donde habitáis, la habitación donde oráis. Muchas veces se detiene a la puerta. Muchas veces pone Su mano en el cerrojo de la puerta. «He aquí que en las palmas te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros» (Is. 49:16). Como un esposo que ama el lugar donde mora su esposa, así Cristo dice muchas veces: “Allí habitan aquellos por quienes morí”. Aprende tú también a ser como Cristo en esto. Cuando un comerciante mira un mapa del mundo, sus ojos se dirigen a aquellos lugares donde navegan sus barcos. Cuando un soldado [mira el mapa del mundo], dirige su atención a los rastros de los campos de batalla antiguos y de las ciudades fortificadas. Pero un creyente debe ser como Jesús: debe amar los lugares donde habitan los creyentes.

### c. *El mensaje*

1. *Ellas «enviaron a decirle»*. Esta parece haber sido su primera reacción cuando la enfermedad comenzó. Sus hermanas enviaron a Jesús. No pensaron que una aflicción corporal estuviera por debajo de Su interés. Es cierto que Él les había enseñado que «una sola cosa es necesaria» (Lc. 10:42), y María había escogido la buena parte que no le sería quitada; pero ellas sabían bien que Jesús no despreciaba el cuerpo. Sabían que Él tenía un corazón que sangraba por toda clase de dolor; y por eso enviaron a avisar a Jesús. Esto mismo debes hacer tú: «Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás» (Sal. 50:15). Recuerda: no hay pesar demasiado grande para llevarle, ni demasiado pequeño. «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias» (Fil. 4:6). «Echa sobre Jehová tu carga» (Sal. 55:22). Sea lo que sea, llévalo a Jesús. Algunos confían a Cristo su alma, pero no su cuerpo—su salvación, pero no su salud. A Él le encanta ser buscado aun en nuestras más pequeñas dificultades.

2. *El argumento*: «Aquel a quien amas está enfermo». Si un mundano hubiera enviado a Cristo, habría presentado un argumento muy distinto. Habría dicho: “El que te ama está enfermo. He aquí uno que ha creído en tu nombre. Aquí hay uno que te ha confesado delante del mundo—sufrido oprobio y escarnio por tu causa”. Marta y María sabían mejor cómo rogar a Jesús. El único argumento estaba en el corazón de Jesús: «Aquel a quien amas está enfermo».

- 1) Lo amaba con un amor *electivo*. Librementemente, desde la eternidad, Jesús lo amó.
- 2) Con un amor que *atrae*. Lo sacó de bajo la ira, de servir al pecado.
- 3) Con un amor *perdonador*. Lo atrajo hacia Sí mismo y borró todos sus pecados.
- 4) Con un amor *sustentador*. “¿Quién podría sostenerme sino Tú?”. Aquel por quien Tú moriste—aquel a quien Tú elegiste, lavaste y guardaste hasta ahora— «Aquel a quien amas está enfermo».

Aprended así a rogar a Cristo, queridos creyentes. Muchas veces no recibís porque no pedís bien. «Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites» (Stg. 4:3). Muchas veces pedís con orgullo, como si fuerais alguien; de modo que si Cristo os concediera la petición, no haría sino halagar vuestras concupiscencias. Aprended a yacer en el polvo y a rogar únicamente apelando a Su amor libre. Tú me has amado sin hallar bien alguno en mí:

*Escogido, no por mérito en mí;*

*Despertado del juicio para huir;*

*Escondido en el costado del Salvador;*

*Santificado por el Espíritu Consolador.*

No niegues tu amor. «No desampares la obra de tus manos».

3. *Un santo recato en la oración*. Ellas ponen el objeto a Sus pies y lo dejan allí. No dicen: “Ven y sánalo; ven pronto, Señor”. Ellas conocen Su amor. Creen en Su sabiduría. Dejan el caso en Sus manos: «Señor, he aquí el que amas está enfermo». «y los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó» (Mt. 15:30). No

intercedieron con muchos argumentos, sino que dejaron que su miseria intercediera por ellas. «Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios» (Fil. 4:6).

Aprende que la urgencia en la oración no consiste tanto en suplicar vehementemente como en creer vehementemente. El que más cree en el amor y el poder de Jesús es quien más obtiene en la oración. En verdad, la Biblia no prohíbe usar todos los argumentos ni pedir dones concretos, como la sanidad de los amigos enfermos: «Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y vivirá» (Mr. 5:23). «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará» (Mt. 8:8). Sin embargo, hay un santo recato en la oración que algunos creyentes saben usar. Como estas dos hermanas, pon el objeto a Sus pies diciendo: «Señor, he aquí el que amas está enfermo».

#### *d. La respuesta*

1. *Una palabra de promesa:* «Esta enfermedad no es para muerte». Esta fue una respuesta inmediata a la oración. No vino; no sanó. Pero les envió una palabra suficiente para hacerlas felices: «Esta enfermedad no es para muerte». El mensajero salió corriendo, cruzó el Jordán, y quizá antes de la puesta del sol entraba jadeante en la aldea de Betania. ¡Buenas nuevas! «Esta enfermedad no es para muerte». ¡Dulce promesa! Los corazones de las hermanas se consuelan, y sin duda le comunican su gozo al moribundo. Pero él se debilita más y más; y mientras ellas miran, a través de sus lágrimas, su rostro pálido, comienzan casi a vacilar en su fe. Pero Jesús lo había dicho, y Jesús no puede mentir. Si no fuese así, nos lo habría dicho. «Esta enfermedad no es para muerte». Finalmente, Lázaro exhala su último suspiro junto a sus hermanas que lloran. Su ojo se apaga, su mejilla se enfría: está muerto. Y, sin embargo, Jesús había dicho: «No es para muerte». Los amigos se reúnen para llevar el cuerpo al sepulcro de roca; y cuando las hermanas se apartan de la tumba, su fe muere. Sus corazones se hundían en una profunda oscuridad. ¿Qué podía querer decir al afirmar: «no es para muerte»?

Aprende a confiar en la Palabra de Cristo, sea lo que fuere que los sentidos digan. Vivimos en tiempos oscuros. Cada día las nubes se hacen más densas y amenazantes<sup>1</sup>. Los enemigos del Día del Señor se enfurecen. Los enemigos de la Iglesia se tornan cada vez más desesperados. La causa de Cristo está amenazada por doquier. Pero tenemos una dulce palabra de promesa: «Esta enfermedad no es para muerte». Aún vendrán tiempos más oscuros. Las nubes se romperán y pronto anegarán nuestro país con un diluvio de incredulidad, y muchos serán como María, destrozados de corazón. ¿Ha fallado la Palabra del Señor? ¡No, nunca! «Esta enfermedad no es para muerte». Los huesos secos de Israel vivirán. El papado se hundirá como una piedra de molino. En un solo día

---

<sup>1</sup> **amenazante** – oscuro e intimidante.

vendrán sobre ella viudez y orfandad. Los reyes de Tarsis y de las islas doblarán la rodilla ante Jesús. Jesús reinará hasta que todos Sus enemigos sean puestos bajo Sus pies, y el mundo entero pronto gozará de un verdadero Sabbath.

2. *La explicación*: «Sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». Algunos podrían preguntar: “¿Por qué, entonces, enfermó Lázaro?”. Respuesta: “Para la gloria de Dios”. Cristo fue manifestado de manera eminente [por medio de esto]: 1) Se vio Su asombroso amor hacia los suyos cuando lloró junto a la tumba. 2) Se vio *Su poder para resucitar a los muertos*: fue mostrado como la resurrección y la vida cuando clamó: «¡Lázaro, ven fuera!». Cristo fue mucho más glorificado que si Lázaro no hubiera enfermado y muerto.

1.) *Así también en todos los sufrimientos del pueblo de Dios*. A veces un hijo de Dios dice: “Señor, ¿qué quieres que haga? Enseñaré, predicaré, haré grandes cosas por Ti”. Y a veces la respuesta es: “Sufrirás por mi causa”. 2.) *Muestra el poder de la sangre de Cristo* cuando da paz en la hora de la tribulación, cuando puede hacer feliz en medio de enfermedad, pobreza, persecución y muerte. No te sorprendas si sufres, sino glorifica a Dios. 3.) *Saca a la luz gracias* que no pueden verse en tiempos de salud. Es el pisar las uvas lo que hace brotar el dulce jugo de la vid. Así también la aflicción hace salir la sumisión, el desapego del mundo y el descanso pleno en Dios. Aprovecha las aflicciones mientras las tienes.

## 2. La demora amorosa de Cristo

*«Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba. Luego, después de esto, dijo a los discípulos: Vamos a Judea otra vez. Le dijeron los discípulos: Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá? Respondió Jesús: ¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él» (Jn 11:5-10).*

### a. El amor de Cristo

Jesús amaba a Marta, a María y a Lázaro.

1. *Estas son las palabras de Juan*. Él sabía lo que había en el corazón de Cristo, porque el Espíritu Santo le enseñó qué escribir, y porque se recostaba en el pecho de Jesús. Este, pues, es el testimonio de Juan: «Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro». Recuerda que ellas habían enviado este mensaje a Jesús: «Aquel a quien amas está enfermo». Algunos podrían haber dicho: “Ese es un mensaje presuntuoso. ¿Cómo sabían ellas que Lázaro estaba realmente convertido? ¿Cómo sabían que Jesús realmente lo amaba?”. Pero aquí ves que Juan pone su sello sobre su testimonio. Era realmente cierto, y no había presunción en ello: «Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro».

¿Cómo saben los santos que Jesús los ama? Respuesta: Cristo tiene maneras de dar a conocer Su amor a los suyos que le son peculiares. «El secreto de Jehová es para los que le temen» (Sal. 25:14). ¡Qué ridículo es pensar que Cristo no puede dar a conocer Su amor al alma! Mencionaré una manera: atrayendo el alma hacia Sí mismo. «Con amor eterno te he amado; por eso te atraje con misericordia» (Jer. 31:3-LBLA). «Pasando yo junto a ti, te miré, y he aquí que tu tiempo era tiempo de amores; y extendí mi manto sobre ti, y cubrí tu desnudez; y te juré, y concerté pacto contigo...y fuiste mía» (Ez. 16:8). «Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere» (Jn. 6:44). Cuando el Señor Jesús se acerca a un pecador muerto y carnal, y le revela un destello de Su hermosura, de Su rostro más hermoso que el de los hijos de los hombres, de Su sangre preciosa, del lugar que hay bajo Sus alas; y cuando el alma es apartada de sus viejos pecados, de sus viejos caminos—alejada de su muerte, oscuridad y mundanalidad—y es persuadida a dejarlo todo y fluir hacia el Señor Jesús, entonces el alma gusta la paz de creer y llega a saber que Jesús la ama. Así supo Lázaro que Cristo lo amaba. Yo era un hombre mundano y descuidado. Me burlaba de mis hermanas cuando ellas se esmeraban en recibir al Cordero de Dios. Muchas veces me enojaba con ellas. Pero un día Él vino y me mostró tal excelencia en la salvación por medio de Él. Me atrajo, y ahora sé que Jesús me ha amado.

¿Sabes tú que Cristo te ama? ¿Tienes esta señal de amor, que Él te ha atraído a dejarlo todo y seguirle? ¿A dejar tu justicia propia, a dejar tus pecados, a dejar a tus compañeros mundanos por Cristo? ¿A soltar todo lo que interfiere con Cristo? Entonces tienes una buena señal de que Él te ha amado.

2. *Jesús amó a toda la casa.* Parece muy probable que hubiese una gran diferencia entre los miembros de aquella familia. Algunos estaban mucho más iluminados que otros. Algunos estaban más cerca de Cristo y algunos se parecían más a Cristo que otros. Sin embargo, Jesús los amó a todos. Parece que María era la más espiritual de la familia. Probablemente fue la primera en conocer y amar al Señor Jesucristo. Ella se sentó a los pies de Cristo cuando Marta estaba afanada con mucho servicio. También se mostró más humillada bajo esta dispensación que su hermana, pues se dice: «Cayó a sus pies». Asimismo, parece haber estado llena de una gratitud más viva, porque fue ella quien tomó una libra de unguento de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Cristo y los enjugó con sus cabellos. Hizo lo que pudo. Fue una creyente muy eminente, llena de amor, con un espíritu dócil, manso y quieto. Y aun así, Jesús los amó a todos. «Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro». Todo aquel que está en Cristo es amado por Cristo, aun los miembros más débiles.

Buenas nuevas para los discípulos débiles. Tú sueles decir: “No soy un Pablo, ni un Juan, ni una María. Temo que Jesús no se interese por mí”. Respuesta: Él amó a Marta, a María y a Lázaro. Ama también a los más débiles de aquellos por quienes murió. Así como una madre ama a todos sus hijos, incluso a los más débiles y enfermizos, así Cristo cuida de aquellos que son

débiles en la fe, que tienen muchas dudas y temores, que llevan pesadas cargas y enfrentan tentaciones.

Sé como Cristo en esto. «Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones... Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos» (Ro. 14:1; 15:1). Temo que entre nosotros haya mucho del espíritu opuesto. Tememos amar solo a nuestros “Marías”, “Pablos” y “Juanes”; estimamos grandemente a quienes son evidentemente columnas. Pero, ¿puedes tú condescender con los de condición humilde? Aprende a inclinarte, a ser amable y tierno con los débiles. No hables mal de ellos. No hagas de sus defectos el tema de tus conversaciones. Cubre sus faltas. Asísteles con consejo y ora por ellos.

### *b. La demora de Cristo*

*«Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba» (v. 6).*

Aquí parece haber una contradicción: Jesús los amaba, y sin embargo se quedó dos días. Hubieras esperado lo contrario: Jesús los amaba, y por eso no se demoró, sino que se apresuró a ir a Betania. Así es el amor humano. El amor del hombre no tolera demora: cuando amas tiernamente a alguien y oyes que está enfermo, corres a verle y ayudarlo. Fueron dos días importantes en la cabaña de Betania. El mensajero había regresado diciendo: «Esta enfermedad no es para muerte». Ellos sabían que Jesús los amaba, y que amaba tiernamente a su hermano; por tanto, esperaban su llegada a cada hora. Marta, quizás, comenzó a inquietarse diciendo: “¿Por qué tarda? ¿Por qué se demora tanto en venir? ¿Habrá ocurrido algo que lo haya retenido?”—No te inquietes”, diría María, “tú sabes que Él ama a Lázaro, y nos ama a nosotros. Y sabes que es veraz, y dijo: «Esta enfermedad no es para muerte»”. El enfermo se debilitó más y más, hasta exhalar su último suspiro en el regazo de sus hermanas. Ambas quedaron sobrecogidas: “Nos amaba, y sin embargo se quedó dos días”. Así sucedió también con la mujer sirofenicia (Mr. 7:24–30).

Así son todavía los tratos de Cristo con los suyos. Aunque ama, a veces precisamente por amor se tarda. No te sorprendas, ni te inquietes.

Razones de la demora:

1. *Porque Él es Dios.* Él ve el fin desde el principio: «Conocidas son a Dios todas sus obras desde el principio del mundo» (Hch. 15:18). Aunque ausente en el cuerpo, estaba presente en la habitación del enfermo en Betania. Observó cada cambio en su semblante pálido y oyó cada suspiro suave. Cada lágrima que rodó por la mejilla de María fue notada por Él, puesta en su redoma y escrita en su libro. Vio cuando Lázaro murió. Pero el futuro también estaba delante de Él. Sabía lo que haría: que la tumba entregaría a su muerto y que pronto cambiaría el llanto en cánticos de gozo. Por eso se quedó donde estaba: precisamente porque Él es Dios. Así también, cuando Cristo demora en socorrer a sus santos,

tú lo ves como un gran misterio. No puedes explicarlo. Pero Jesús ve el fin desde el principio. Estad quietos, y conoced que Cristo es Dios.

2. *Para aumentar su fe.* Primero, les dio una promesa a la cual aferrarse: envió palabra por el mensajero diciendo: «Esta enfermedad no es para muerte». Era una palabra sencilla y clara, fácil de sostener; pero ¡ay!, fue duramente probada. Cuando el enfermo empeoró, ellos se aferraron a la promesa con un corazón tembloroso; cuando murió, su fe pareció morir también. No sabían qué pensar. Sin embargo, la palabra de Cristo era verdadera, y su fe quedó fortalecida para siempre. Aprendieron a creer la palabra de Cristo aun cuando todas las circunstancias externas parecían contradecirla.

Una tarde, Cristo dio orden en el mar de Galilea de pasar «al otro lado» (Mt. 8:18); y mientras navegaban, se durmió. Era una palabra sencilla en la cual confiar durante la tormenta. Pero cuando las olas cubrieron la barca, clamaron: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!» (Mt. 8:25). Y Él les dijo: «¿Dónde está vuestra fe?» (Lc. 8:25). Por medio de aquella prueba, la fe de los discípulos creció grandemente.

Así sucede con todas las pruebas de fe. Cuando Dios da una promesa, siempre prueba nuestra fe. Así como las raíces de los árboles se afirman más profundamente cuando luchan contra el viento, así la fe echa raíces más firmes cuando se ejercita en medio de circunstancias adversas.

3. *Para hacer que Su ayuda resplandezca con mayor brillo.* Si Cristo hubiera venido desde el principio y sanado a su hermano, jamás habríamos conocido el amor que se manifestó junto al sepulcro de Lázaro, ni el poder del gran Redentor al levantarlo del sepulcro. Estas gloriosas manifestaciones del poder y amor de Cristo se habrían perdido para la Iglesia y para el mundo. Por eso fue bueno que permaneciera dos días más. Así se extendió el honor de Su nombre, y el Hijo de Dios fue glorificado. «Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará» (Is. 43:21). Éste es el gran propósito de Dios en todos Sus tratos con Su pueblo: que Él sea visto y glorificado. Por esta razón destruyó a los egipcios: «Y sabrán los egipcios que yo soy Jehová» (Éx. 14:4).

Si Cristo parece tardar más allá del tiempo prometido, espéralo, porque vendrá y no tardará. Tiene buenas razones para ello, aunque tú no las veas. Y nunca olvides que Él ama aun cuando se demora. Amó a la mujer sirofenicia aun cuando «no le respondió palabra».

### c. *La determinación de Cristo*

«Luego, después de esto, dijo a sus discípulos: *Vamos otra vez a Judea*» (v. 7).

1. *El tiempo:* «Después de esto». Después de que los dos días pasaron. Cristo espera cierto tiempo con los impíos antes de destruirlos. Esperó hasta que la copa de los amorreos se llenara antes de destruirlos. Esperó cierto tiempo con la higuera; y si no daba fruto, entonces: «Después de eso la cortarás» (Lc. 13:9). ¡Oh, hombre impío!, tú también tienes una medida que llenar. Cuando se colme,

caerás inmediatamente en el infierno. Cuando se acabe la arena de tu tiempo, serás desechado. Así también Cristo tiene Su tiempo señalado para venir a los suyos: «Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos delante de Él» (Os. 6:2).

En la *conversión*: «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que Él os exalte cuando fuere tiempo» (1 P. 5:6). Cuando Dios despierta un alma por el poder de Su Espíritu, Él toma Su propio tiempo y manera para llevar esa alma a la paz. Con frecuencia el pecador considera muy duro que Cristo tarde tanto en venir. A menudo comienza a desesperar y a pensar que hay algo peculiar en su caso. Recuerda: espera en el Señor. Es bueno esperar a Cristo.

En la *respuesta a la oración*: Cuando pedimos algo conforme a la voluntad de Dios y en el nombre de Cristo, sabemos que tenemos las peticiones que le hemos hecho. Pero el tiempo lo guarda Él en Su propio poder. Dios es absolutamente soberano en el momento de Sus respuestas. Cuando Marta y María enviaron su petición a Cristo, Él les dio una promesa inmediata; sin embargo, la respuesta no fue la que ellas esperaban. Así, Cristo nos concede a menudo los deseos de nuestro corazón, aunque no en el momento particular que deseábamos, sino en un tiempo mejor. No te canses de orar—por ejemplo, por la conversión de un amigo. Puede que tu oración sea respondida cuando tú ya estés en el polvo. Persevera en la oración. Él responderá en el mejor tiempo. «No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos» (Gál. 6:9).

En *Su segunda venida gloriosa*: Cristo dijo a la iglesia hace mucho tiempo: «Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará» (Hb. 10:37). Y aun así, el tiempo parece prolongarse. El Esposo parece tardar, pero vendrá a su debido tiempo. Espera por razones infinitamente sabias; y en el instante señalado, los cielos se abrirán y Él aparecerá en gloria.

2. *La objeción*. La objeción fue que era peligroso para Él y para ellos, porque los judíos habían procurado apedrearlo antes. En otra ocasión, Pedro también objetó a Cristo diciendo: «Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca» (Mt. 16:22). Pero Él se volvió y dijo a Pedro: «¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo; porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres» (Mt. 16:23). ¡Cuán egoístas son aún los hombres piadosos! Los discípulos no se preocuparon por el dolor de su amigo Lázaro; temían ser apedreados, y ese temor los hizo olvidar el sufrimiento de la familia afligida. No hay raíz más profunda en el seno humano que el egoísmo. Velad y orad contra él. Aun los piadosos a veces se opondrán a ti en lo que es bueno y justo. Aquí, cuando Cristo propuso ir otra vez a Judea, los discípulos se opusieron. Se asombraron de tal propuesta; casi como si lo reprendieran por ella. No te sorprendas, amados hermanos, si eres resistido por los hijos de Dios, especialmente cuando se trata de algo en lo cual estás llamado a sufrir.

3. *La respuesta de Cristo*. Cristo compara aquí el camino del deber con andar en la luz del día: «El que anda de día, no tropieza» (Jn. 11:9). Mientras un

hombre tiene buena conciencia y el rostro y la presencia de Dios lo acompañan, es como quien camina a la luz del sol: pone su pie firme y avanza con valentía. Pero si alguien retrocede ante el llamado de Dios por temor al hombre o por prudencia mundana, es como quien camina en la oscuridad: «tropieza, porque no hay luz en él» (Jn. 11:10).

¡Oh, que vosotros, creyentes, seáis persuadidos a seguir a Jesús sin temor cada vez que os llame! Si eres creyente, muchas veces serás tentado a retroceder. El camino del cristiano es estrecho y con frecuencia difícil. Pero, ¿qué tienes que temer? ¿Tienes la sangre de Cristo sobre tu conciencia y la presencia de Dios en tu alma? ¿No hay acaso doce horas en el día? ¿No somos todos inmortales hasta que nuestro trabajo haya terminado?

### 3. La muerte de Lázaro

*«Dicho esto, les dijo después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle. Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto. Y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él. Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con él» (Jn 11:11–16).*

#### a. El amor de Cristo por un Lázaro muerto

1. *Lo llama «amigo».* Un incrédulo célebre solía decir que ni el patriotismo ni la amistad eran enseñados en la Biblia. Con ello solo demostró que no la conocía ni la entendía. ¡Cuán diferente es el sentimiento del poeta cristiano que dijo:

*La amistad más noble que jamás se ha mostrado,  
la historia del Salvador la ha revelado.*

Ah, ¡qué verdad asombrosa!, que Jehová-Jesús vino a hacerse amigo de gusanos como nosotros. La verdadera amistad consiste en confianza mutua y sacrificios mutuos.

Así trató Dios a Enoc: «Caminó, pues, Enoc con Dios... trescientos años» (Gn. 5:22). Enoc lo contaba todo a Dios, y Dios lo contaba todo a Enoc. ¡Bendita amistad entre Jehová y un gusano! Así trató Dios a Abraham. Tres veces en la Biblia se le llama «amigo de Dios» (2 Cr. 20:7; Is. 41:8; Stg. 2:23). «Despertó del oriente al justo, lo llamó para que le siguiese» (Is. 41:2). El Dios de gloria apareció a Abraham, y dijo: «¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer?» (Gn. 18:17). Así también trató Dios a Moisés: «Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su amigo... Y [Dios] dijo: Mi presencia irá contigo, y te daré descanso» (Éx. 33:11, 14). «Y cuando entraba Moisés delante de Jehová para hablar con Él, se quitaba el velo» (Éx. 34:34). De igual modo trató Cristo a sus discípulos. Aunque era el santo Cordero de Dios, dijo: «Ya no os llamaré

siervos; porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer» (Jn. 15:15). Los admitió a la comunión más íntima: uno recostó su cabeza sobre su pecho en la cena, y otra ungió sus pies con perfume. Les reveló todo lo que había oído en el seno de su Padre, todo lo que podían soportar de la gloria y del amor del Padre. Así trató también a Lázaro: «Nuestro amigo Lázaro». Seguramente muchas veces se sentaron bajo la sombra de la higuera en la cabaña de Betania, mientras Cristo les abría las glorias del mundo eterno.

Esto mismo es lo que tú eres invitado a hacer, querido amigo: a ser amigo de Jesús. Cuando los hombres eligen amigos, suelen escoger a los ricos, a los sabios o a los ingeniosos. Invitan a aquellos que les devolverán la invitación. No así Cristo. Él elige a los pobres, a los necios, a los niños; y los hace Sus amigos— a aquellos de quienes el mundo se avergüenza. El mundo cambia de amigos. En el mundo, si un amigo rico empobrece, si es sorprendido por una ruina repentina y cae en la más profunda miseria, los amigos—como mariposas bajo la lluvia—vuelan rápidamente a refugiarse. Te miran fríamente, como si no te conocieran. Pero no así Jesús, el «amigo más unido que un hermano» (Pr. 18:24). Un verdadero amigo no oculta nada de aquello que conviene al otro saber. Tampoco lo hace Cristo: «¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer?» (Gn. 18:17).

2. *Aun estando muerto*: «Nuestro amigo Lázaro». Pocas personas recuerdan a los muertos. Son «como un viento que pasa, y no vuelve» (Sal. 78:39). El lugar que los conoció, no los conocerá más para siempre. En algunos países donde he estado hay inmensos cementerios donde antes hubo ciudades, pero donde hoy no queda un solo ser viviente. No hay quien recuerde su nombre ni quien derrame una lágrima por su memoria. Aun entre vosotros, ¡qué pronto se olvidan los muertos! Aunque los amasteis mucho en vida— «amados y queridos; inseparables en su vida» (2 S. 1:23)—cuando están fuera de la vista, pronto están fuera de la mente. Pero los muertos de Cristo nunca son olvidados. Hay un Hermano fiel que guarda en memoria el polvo dormido de todos sus hermanos y hermanas. La muerte no puede separarnos de Su amor. La muerte no nos borra del pectoral de Su sacerdocio. «Nuestro amigo Lázaro duerme».

Ah, amigos míos, esto es quitarle el aguijón a la muerte. Sin duda, el mundo te olvidará. Si perteneces a Cristo, el mundo nunca te amó, y se alegrará cuando te hayas ido. Los “sermoneos vivientes” no son gratos a los ojos del mundo; se alegrará cuando estés bajo el suelo. Aun los creyentes te olvidarán, pues el hombre es frágil y su memoria se desvanece. Pero Cristo jamás te olvidará. Aquel que dijo: «Mi testigo fiel Antipas», cuando todo el mundo lo había olvidado, recuerda a todos sus santos dormidos y los traerá consigo.

### *b. El error*

En el capítulo anterior vimos un espécimen del egoísmo de los discípulos; aquí, de su necedad. Eran discípulos amados, que lo habían dejado todo para

seguir a Cristo; creían sinceramente en Su palabra y amaban Su persona. Y, sin embargo, ¡cuánta ceguera permanecía en su entendimiento! «Señor, si duerme, sanará» (Jn. 11:12).

*Dormir* era la expresión común para la muerte de los santos en el Antiguo Testamento. Así dijo Dios a Moisés: «He aquí que tú vas a dormir con tus padres» (Dt. 31:16). Y a Daniel: «Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados» (Dn. 12:2). A David: «Tú dormirás con tus padres» (2 S. 7:12). «Ahora dormiré en el polvo» (Job 7:21). «No sea que duerma de muerte» (Sal. 13:3). ¡Seguramente, si hubieran reflexionado un poco, habrían hallado el sentido!

No te sorprendas cuando los discípulos malinterpretan las palabras de Cristo. Ya lo han hecho antes y pueden hacerlo de nuevo. Todo hombre gracioso [piadoso] no es un hombre infalible. Aprende a escudriñar pacientemente el sentido de Sus palabras, comparando Escritura con Escritura, y acudiendo especialmente a Él por luz. Cuando lees en un cuarto oscuro y llegas a un pasaje difícil, lo llevas a la ventana para tener más luz. Así también lleva tu Biblia a Cristo.

¿Cuál fue la causa de su error? Respuesta: el temor. No querían volver a Judea. Temían ser apedreados. Vieron que su Maestro estaba resuelto a ir, y querían disuadirlo. Malinterpretaron Sus palabras por la aversión de su corazón a Su voluntad. Ésta es la gran causa de toda ceguera en las cosas divinas: «Por la dureza de su corazón» (Ef. 4:18). «Si alguno quiere hacer su voluntad, conocerá si la doctrina es de Dios» (Jn. 7:17).

La razón por la cual muchos de vosotros no entendéis vuestra condición perdida no es porque no se enseñe en la Biblia, ni porque las palabras sean difíciles (pues la Biblia es un libro claro y sencillo), sino porque no queréis ser convencidos de pecado. No queréis que se destruyan vuestras dulces ilusiones acerca de vuestra bondad y seguridad. La razón por la cual muchos no entienden el camino del perdón es porque no les agrada. El corazón es adverso al camino de Dios. No soportan que toda su justicia sea tenida por trapos inmundos y depender enteramente de la justicia de Otro. La razón por la cual muchos santos no ven claro su deber es porque no aman ese deber. Quieren tener su propio camino, y no pueden entender las Escrituras que lo contradicen. Así sucedió con los apóstoles. Y así sucede frecuentemente en decisiones como el matrimonio o la elección de un empleo<sup>2</sup>. Cuando un deseo fuerte se forma en el corazón, ciega la mente a la Palabra de Dios. ¡Oh, ruega por un corazón puro, para que seas lleno del conocimiento de Su voluntad y andes digno del Señor, agradándole en todo!

### *c. La explicación*

Cristo aquí explica dos cosas: (1) sus palabras y (2) su ausencia.

---

<sup>2</sup> **empleo** – encontrar un oficio y/o un empleador adecuado

1. *Jesús dijo claramente: «¡Lázaro ha muerto!»*. Sus discípulos habían mostrado gran egoísmo, gran ceguera de corazón y mucha torpeza; sin embargo, Él no se enojó, ni los rechazó. Solo dijo claramente: «Lázaro ha muerto». Cuando les enseñaba muchas cosas, les preguntó: «¿Habéis entendido todas estas cosas?» (Mt. 13:51). En otra ocasión, cuando les hablaba de la casa del Padre, Tomás dijo: «Señor, no sabemos a dónde vas» (Jn. 14:5). Y con la misma admirable paciencia y mansedumbre, Él respondió: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí» (Jn. 14:6). Cristo «puede compadecerse de los ignorantes y extraviados» (Hb. 5:2). Tal vez algunos de vosotros os sentís muertos e ignorantes. No debéis apartaros de Cristo por ello. Llevad vuestros ojos ciegos a Él, para que os dé vista. Él quiere que entendáis Su camino y Su voluntad.

2. *Explica su ausencia: «Me alegro... de no haber estado allí»* (Jn. 11:15). En el corazón de los discípulos surgiría de inmediato la objeción: “Si Lázaro ha muerto, ¿por qué nuestro Maestro se quedó dos días?”. Por eso Él aclara que fue por causa de ellos. Si Cristo hubiera estado allí, se habría sentido movido a sanar a Lázaro. No habría podido permanecer en la cabaña de Betania, mirar el rostro moribundo de su amigo, ver las lágrimas silenciosas de María y oír las súplicas de Marta sin concederles su ruego. Por eso dijo: «Me alegro de no haber estado allí». Aprended aquí el asombroso amor de Cristo por los suyos. Él no puede negarles su oración. Cuando Moisés intercedía por Israel, Dios dijo: «Déjame» (Éx. 32:10); es decir, no puedo destruirlos mientras intercedes por ellos. A Jeremías, en cambio, le dijo: «No ores por este pueblo» (Jer. 14:11). Y cuando Dios quiere ejecutar juicio, impide que Sus santos oren, porque sabe que su súplica lo detendría. Así también Jesús se mantuvo lejos de Betania para no ser vencido por la oración de aquellas hermanas. ¡La mano levantada de una María creyente es demasiado poderosa para que Jesús la resista! El ojo lloroso de un creyente ferviente es «imponente como ejércitos en orden» (Cnt. 6:4). «Aparta tus ojos de delante de mí, porque ellos me vencieron» (Cnt. 6:5).

¿Y por qué no estuvo allí? «Por causa de vosotros... para que creáis» (Jn. 11:15). En el capítulo anterior vimos que Él se demoró por causa de los moradores de Betania. Aquí añade otra razón: “Por causa vuestra”. «Porque todas estas cosas padecemos por amor a vosotros» (2 Co. 4:15). Por causa de los creyentes fue creado este mundo. El sol gobierna el día, y la luna la noche. Cada estrella que brilla en el firmamento fue hecha para ellos. Todo se conserva en existencia por causa vuestra. Los vientos soplan y cesan, las olas rugen y se aquietan, las estaciones giran, siembra y cosecha, día y noche, todo por causa vuestra. Los reinos suben y caen para salvar al pueblo de Dios. Las naciones son Su vara, Su sierra y Su hacha, con las cuales abre camino al carro del evangelio eterno, así como los cortadores de Hiram en el Líbano y los gabaonitas que acarreaban agua trabajaban en la edificación del templo de Dios. Los enemigos de la iglesia son solo una vara en la mano del Señor: Él cumplirá Su propósito con ellos, y luego romperá la vara en dos y la echará al fuego. Especialmente las

providencias que tocan a las familias creyentes son “por causa vuestra”. Cuando Cristo trata con una familia creyente, tú podrías decir: “Eso no me concierne; ¿qué tengo yo que ver con eso?”. ¡Ah!, si eres del mundo, verdaderamente no tienes parte ni suerte en ello; pero si eres de Cristo, es por causa tuya, para que creas. Las maneras de Cristo con las familias creyentes son muy instructivas—sus aflicciones, sus consuelos, sus silencios y sus respuestas.

Aprended a sobrellevar las cargas los unos de los otros, a ver más la mano de Cristo entre vosotros, para que creáis.

*No hay planta en el suelo que crezca,  
que Su gloria no manifieste;  
las órdenes de Su trono  
truenos y tempestades obedecen.*

#### *d. El discípulo celoso*

¿Qué voz es esa? Es la de Tomás, el incrédulo Tomás.

1. *Verdadero amor a Cristo.* Él vio que Cristo estaba determinado a ir. Vio el peligro, contó el costo y dijo: «Bien, vayamos también nosotros». ¡Qué extraño que seguir al Cordero de Dios pueda poner en riesgo la vida misma! Y, sin embargo, así ha sido en muchas edades de la iglesia: «Vendrá tiempo cuando cualquiera que os mate pensará que rinde servicio a Dios» (Jn. 16:2). ¡Cuánta nube de testigos ha visto Escocia diciendo, como Tomás: «Vayamos también nosotros, para que muramos con Él!»! Ah, no conocemos el valor de Cristo si no estamos dispuestos a aferrarnos a Él hasta la muerte.

2. *Verdadero celo por los demás:* «Vayamos». No dice como Pedro: “Estoy dispuesto a ir contigo”, sino «vayamos». Siempre que vemos claramente el camino del deber, debemos invitar a otros a acompañarnos. No basta con que el creyente ande solo en el buen camino; debe decir: «Vayamos». Así Israel: «Venid, y juntémonos a Jehová» (Jer. 50:5). Así Moisés a Hobab: «Ven con nosotros» (Nm. 10:29). Así los gentiles convertidos: «Casa de Jacob, venid, y caminemos a la luz de Jehová» (Is. 2:5). El cristiano debe ser como un río que fertiliza mientras corre, llevando consigo a otros—barcas y todo lo que flota sobre su seno—hasta el océano.

Sin embargo, el pecado se mezcla con todo. Jesús no había hablado de morir; al contrario, había hablado de no tropezar. Pero Tomás estaba lleno de incredulidad y de temor; no atendió a la palabra de Cristo. Aprendamos cuánta debilidad y pecado se mezclan con nuestro amor y celo, y cuánta infinita necesidad tenemos de Aquel que lleva la iniquidad de nuestras cosas santas.

## **4. Consuelo ante la muerte**

*«Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios; y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su*

*hermano. Entonces Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a encontrarle; pero María se quedó en casa. Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto. Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará. Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero. Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Le dijo: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo» (Jn. 11:17-27).*

### *a. Cristo ordena todos los acontecimientos para Su propia gloria*

Un día, cuando Cristo había sanado a un hombre sordo y mudo, la multitud exclamó: «Todo lo ha hecho bien» (Mr. 7:37). Ah, ¡cuán verdadera es esta palabra acerca del Señor Jesucristo! Él es «cabeza sobre todas las cosas a la iglesia» (Ef. 1:22). Aquel que murió para redimirnos del infierno vive para hacer que todas las cosas cooperen para nuestro bien. «Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas. Él cuenta el número de las estrellas; a todas ellas llama por sus nombres» (Sal. 147:3-4). La misma mano que fue clavada en la cruz por nosotros hace salir a Arturo y las Pléyades, guía al sol en su jornada, y todo para bien de los suyos. Y un ejemplo extraordinario de esto lo tenemos en la escena ante nosotros.

1. *En el tiempo:* «Halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro» (Jn. 11:17). Vimos que cuando oyó que Lázaro estaba enfermo, se quedó dos días en el lugar donde estaba. Luego, con calma y sin prisa, salió de los valles solitarios del monte Galaad, cruzó el Jordán y, al cuarto día, llegó al pueblo de Betania. Los sombríos barrancos del monte de los Olivos tenían un aire de tristeza. El pueblo estaba en silencio, y quizás junto a la puerta de la casa de Lázaro un grupo de dolientes se sentaba en el suelo. Jesús y los discípulos se detuvieron a cierta distancia, como si no quisieran irrumpir en aquella escena de profundo dolor. Un aldeano que pasaba les informa que Lázaro está muerto, y que hace ya cuatro días yace en el frío sepulcro de roca. Los discípulos se miraron unos a otros asombrados. ¡Cuatro días muerto! ¿Por qué se detuvo nuestro Maestro? ¿Por qué perdimos dos días al otro lado del Jordán? Las hermanas también pensaban que Jesús había llegado demasiado tarde: «Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto». Los judíos también se preguntaban lo mismo. Sin embargo, Jesús llegó en el momento justo. Si hubiese venido más tarde, la emoción habría pasado y la muerte de Lázaro habría sido olvidada en el torbellino de la vida. ¡Qué pronto olvidamos a los muertos! Y si hubiese venido antes, la muerte de Lázaro no habría sido conocida. Él vino a su debido tiempo. Cristo ordena todas las cosas para Su gloria. Verdaderamente todo lo hace bien.

2. *En el lugar:* «Betania estaba cerca de Jerusalén». El lugar de este prodigio de gracia también fue escogido con sabiduría infinita. Betania era una aldea retirada, en un sitio sombreado y tranquilo, completamente apartada del

bullicio y del ruido de la ciudad, de modo que hubo espacio para que Cristo manifestara esas tiernas emociones de compasión y amor—llorando y gimiendo— que no habría podido expresar en medio del tumulto urbano. Y sin embargo, Betania estaba cerca de Jerusalén, a unos quince estadios (aproximadamente dos millas), de modo que muchos judíos estuvieron presentes como testigos, y la noticia del milagro se difundió en pocas horas por toda la capital y Judea. Si hubiera sucedido en un rincón escondido, los hombres lo habrían ridiculizado o negado. Pero ocurrió a menos de media hora de Jerusalén, para que todos pudieran comprobar su veracidad. Cristo elige sabiamente el lugar donde realiza Sus maravillas—todo para manifestar Su glorioso nombre. Escoge el sitio donde romper el alabastro, de modo que el perfume se esparza más ampliamente.

3. *En los testigos:* «Muchos de los judíos». De los versículos 45–46 aprendemos que aquella compañía distaba mucho de ser toda amiga de Cristo. Quizás no habrían ido si hubiesen sabido que Él estaría allí. Pero eran amigos de Marta y de María, y aunque no simpatizaban con su seriedad espiritual, en la hora de la aflicción no pudieron dejar de visitarlas para ofrecerles el consuelo que podían dar. Así es el modo del mundo. Todavía queda algo de bondad natural en el corazón incluso de los hombres mundanos. Cristo lo sabía, y por eso eligió precisamente ese momento para llegar. ¡Ah, amigos!, Él hace todas las cosas bien. A menudo te preguntas, a menudo murmuras, acerca del camino por el cual te conduce. Aprende que, si eres Suyo, Él hará que todas las cosas cooperen para tu bien y para Su gloria. Aprende, pues, a confiar en Él en la oscuridad, bajo los rostros más severos de la providencia, en las demoras más dolorosas. Aprende a esperar en Él. «Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová» (Lm. 3:26). Él es bueno para el alma que en Él espera.

### *b. El creyente débil*

Jesús y Sus discípulos se habían detenido un poco antes de entrar al pueblo, bajo la sombra de los árboles, pero pronto llegó a oídos de Marta la noticia de que el Salvador había venido. Ella se apresuró a salir a Su encuentro. ¡Ah, quién podría describir el amor y la compasión que debieron reflejarse en Sus ojos, la santa calma en Su frente, la ternura en Sus labios! Él era «la rosa de Sarón y el lirio de los valles» (Cnt. 2:1). Y, sin embargo, Marta no se contiene ante Su presencia. Estalla en este grito apasionado: «Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto».

Observe,

1. *Su presunción.* «Si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto». ¿Y cómo lo sabía ella? ¿Sobre qué promesa se basaba tal expectativa? Dios ha prometido que los suyos no carecerán de pan, ni de bien alguno; que suplirá todas sus necesidades; que nunca perecerán; que estará con ellos en la angustia. Pero en ningún lugar ha prometido que no morirán. Por el contrario: «Israel ha de morir» (Gn. 47:29). David ora: «Hazme saber mi fin, y cuánta sea

la medida de mis días» (Sal. 39:4). Y Job confiesa: «No he de vivir para siempre» (Job 7:16).

2. *Su manera de limitar a Cristo*: «Si hubieses estado aquí». ¿Por qué así? ¿Acaso Dios es solo «un Dios de cerca y no un Dios de lejos?» (Jer. 23:23). «¿Se ha acertado en algo mi mano para redimir?» (Is. 50:2). Marta olvidó al centurión de Capernaum que dijo: «No soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra» (Mt. 8:8). Olvidó al hijo del noble en Capernaum: «Señor, desciende antes que mi hijo muera». Y Jesús le respondió: «Ve, tu hijo vive» (Jn. 4:50). Su dolor y angustia le impidieron recordar serenamente las obras y el poder de Jesús.

3. *Su incredulidad*: «Pero también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará». Esto era fe, y a la vez incredulidad. Creía algo, pero no todo acerca de Jesús. Creía en Él como intercesor, pero no como el que tiene todas las cosas en Sus manos, el que es el Señor de todo, «cabeza sobre todo a la iglesia» (Ef. 1:22). Su pena, su confusión y su oscuridad espiritual le velaban muchas verdades.

4. Y, *sin embargo, vino a Jesús*. Aunque dolida, no se ofendió. No se quedó lejos. Derramó todo su dolor, su oscuridad y su queja en el seno de Jesús. Ésta es la imagen exacta de un creyente débil: mucho de naturaleza y poco de gracia, muchas dudas acerca del amor y del poder de Cristo, pero llevando todas las quejas solo a Él. Marta no fue a los judíos a contar su pena. Tampoco fue a los discípulos. Fue a Jesús mismo.

Aprende que el tiempo de aflicción es tiempo de prueba. La aflicción es como el horno: revela la escoria tanto como el oro. Si todo hubiera seguido bien en Betania, Marta y María nunca habrían conocido su pecado y debilidad. Pero ahora, el horno las expuso.

Aprende a guardarte de la incredulidad. Guárdate de la presunción, inventando promesas que Dios nunca ha dado. Guárdate de prescribirle a Cristo el modo en que debe obrar, limitando Su poder. Guárdate de la incredulidad parcial, creyendo solo una parte del testimonio de Dios. «Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho» (Lc. 24:25). Recuerda: Sea cual sea tu oscuridad, lleva tu queja a Jesús mismo.

### *c. Jesús se revela a Sí mismo*

Ningún rasgo del rostro de Cristo se alteró ante el grito apasionado de Marta. No se enojó ni se apartó, sino que le reveló más de Sí mismo que nunca antes. «Tu hermano resucitará». La consuela asegurándole que su hermano volverá a vivir, y luego la guía a comprender que la fuente y el poder de esa resurrección están en Él mismo. En esta escena, Cristo manifiesta dos verdades sobre Su propia persona.

1. *Yo soy la resurrección*. «El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá». Aquí Cristo se revela como la Cabeza de todos los creyentes que han muerto. 1.) Lo que Él es: “Yo soy el autor y la fuente de toda resurrección. La fuente de la

vida resucitada está en Mis manos. Es Mi voz la que llamará del polvo a todos Mis santos que han dormido; es Mi mano la que reunirá su polvo y lo transformará conforme a Mi cuerpo glorioso. Todo esto es Mío. Por Mi mandato fue trasladado Enoc; Yo mismo arrebaté a Elías. También levantaré a las miríadas de creyentes dormidos. ¿Crees esto? ¿Crees que Aquel que tantas veces se sentó bajo tu higuera, en tu casa, a tu mesa, Él mismo es la resurrección?”. 2.) La certeza de que todos los creyentes muertos vivirán: «El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá». “Si Yo soy la resurrección, ciertamente levantaré a todos por quienes morí. No perderé a ninguno de ellos”.

He aquí consuelo para los que, como Marta, lloran por los creyentes que han muerto: «Tu hermano resucitará». Jesús, quien murió por ellos, es la resurrección. Esa gran obra de reunir y levantar su polvo es tarea confiada a Jesús: «Serán para mí especial tesoro... en el día en que yo actúe» (Mal. 3:17). ¡Oh, qué consuelo indecible será ser levantado del sepulcro por Jesús mismo! Si fuera la voz de un ángel, podríamos desear quedarnos dormidos; pero cuando sea la voz de nuestro Amado, ¡con cuánta alegría nos levantaremos!

*Dulce pensamiento para mí:  
me levantaré,  
y con estos ojos  
a mi Salvador veré.*

¡Oh, qué terror indescriptible causará a los que no son de Cristo oír la voz de Jesús rompiendo el largo silencio de la tumba!

2. *Yo soy la vida*: «El que vive y cree en mí, no morirá eternamente». Aquí Cristo se revela como la Cabeza de todos los creyentes vivos. 1.) Dirige sus ojos hacia Él mismo: «Yo soy la vida». Este nombre se aplica frecuentemente al Señor Jesús: «En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres» (Jn. 1:4). «porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó» (1 Jn. 1:2). «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria» (Col. 3:4). Por eso Él dice: «Y no queréis venir a mí para que tengáis vida» (Jn. 5:40). “En Mi mano está la fuente de toda vida: natural, espiritual y eterna. Todo lo que vive obtiene su vida de Mí. Cada alma viviente, cada gota de agua viva, fluye de Mi mano. Yo comienzo, Yo sostengo, Yo doy vida eterna”. 2.) La consecuencia dichosa para todos los creyentes vivos: «No morirán jamás». Su vida no sufre interrupción alguna con la muerte del cuerpo. La muerte no tiene poder para apagar la llama vital del alma creyente. “Si Yo soy la vida, guardaré a los Míos aun en el valle de sombra de muerte. Jamás perecerán”. «¿Crees esto?».

Consuelo para quienes, como Marta, tiemblan ante la muerte He aquí consuelo para vosotros que, como Marta, os estremecéis ante la muerte. Ah, ¡qué espectáculo tan sobrecogedor es cuando llega!: el terror de los reyes y el rey de los terrores. Hay algo espantoso en los rasgos inmóviles, los labios

silenciosos, los ojos vidriosos, la mano fría que ya no responde a nuestra tierna presión, sino que más bien nos hiela la sangre. “Ah”, dices, “¿hemos de morir todos así? ¿Dónde está ahora el evangelio?”. Respuesta: Jesús es la vida, la fuente de la vida eterna para todos los suyos. Cree esto, y triunfarás sobre la tumba.

#### *d. La confesión de Marta*

1. *Cuándo brotó su fe.* Cuando el viento del sur sopla suavemente sobre un lecho de especias, hace que las fragancias se derramen. Así también, cuando Jesús sopló sobre el corazón de esta creyente diciendo: «Yo soy la resurrección y la vida», de su alma brotó esta dulce confesión: «Sí, Señor, yo he creído». Esto muestra cómo la fe y el amor nacen en el corazón. Algunos de vosotros buscáis la fe como quien cava un pozo: volvéis la mirada hacia vuestro interior, y escarbáis entre los abismos de vuestro corazón contaminado tratando de hallar allí la fe; rebuscáis entre vuestros sentimientos en los sermones y sacramentos para ver si está allí; y solo encontráis pecado y desengaño. Aprended del método de Marta. Ella miró de lleno el rostro de Jesús: vio Sus pies polvorientos, Su manto manchado, y en Su mirada una ternura más que humana. Bebió Sus palabras: «Yo soy la resurrección y la vida». Y, a pesar de todo lo que veía y de todo lo que sentía, no pudo menos que creer. La revelación que Jesús hizo de Su amor y de Su poder—como Cabeza de los creyentes muertos y Cabeza de los creyentes vivos—reanimó su alma desfallecida, y exclamó: «Sí, Señor, yo he creído». Porque la fe viene por oír la voz de Jesús.

2. *En qué descansó su fe:* Su fe se apoyó en la persona de Jesús. Probablemente Marta no comprendió plenamente todo lo que implicaban las palabras del Señor. Entendió algo, pero mucho le quedó oculto. Sin embargo, en una cosa se afirmó: que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Así debéis hacer vosotros, hermanos, cuando se os revelan promesas gloriosas cuyo significado pleno no podéis entender. Abrazad a Jesús, y lo tendréis todo. «Porque todas las promesas de Dios son en Él sí, y en Él amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios» (2 Co. 1:20). No podéis comprender mucho, pero «aún no se ha manifestado lo que hemos de ser» (1 Jn. 3:2). Tomad a Cristo entero en los brazos de vuestra fe, y decid con Marta: «Sí, Señor: yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo».

### **5. Jesús se encuentra con María y Marta**

*«Habiendo dicho esto, fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto: El Maestro está aquí y te llama. Ella, cuando lo oyó, se levantó de prisa y vino a él. Jesús todavía no había entrado en la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta le había encontrado. Entonces los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron, diciendo: Va al sepulcro a llorar allí. María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle, se postró a sus pies, diciéndole: Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano. Jesús entonces, al verla*

*llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Le dijeron: Señor, ven y ve. Jesús lloró» (Jn. 11:28–35).*

### *a. El llamado de María*

1. *Observa: Marta es la mensajera.* Marta había recibido un poco de consuelo de aquella dulce palabra de Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida». Su fe había sido reavivada por la pregunta: «¿Crees esto?». La ola de tristeza que llenaba su pecho se apaciguó. «Y habiendo dicho esto, fue y llamó a María». Los que han sido consolados por Cristo son los mensajeros más aptos para consolar a otros. «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios» (2 Co. 1:3–4). Dios conduce a Sus ministros por diversas pruebas y consuelos para hacerlos instrumentos idóneos de consuelo para los demás. Solo cuando hemos estado sentados bajo la sombra del manzano y hemos probado sus dulces frutos, podemos hablar a otros de su excelencia.

Marta era una creyente más débil que María, y sin embargo fue el canal para comunicarle la buena noticia. Es un grave error pensar que solo los creyentes eminentes son útiles en la iglesia de Dios. Con frecuencia, Dios alimenta a los creyentes más fuertes por medio de un ministerio más débil. El ministro muchas veces tiene menos gracia que aquellos a quienes ministra. Y especialmente cuando los creyentes más firmes están abatidos y confundidos, Dios usa los medios más sencillos para levantarlos otra vez.

2. *La llamó en secreto.* La última vez que el Salvador estuvo en Judea, quisieron apedrearlo hasta la muerte. Y probablemente algunos de los judíos que estaban sentados junto a María eran de entre sus enemigos más amargos. Por eso Marta entró y le susurró suavemente al oído: «El Maestro está aquí y te llama». Marta temía a los judíos. Jesús había hecho mucho por ella, y su corazón era tierno hacia Su seguridad y hacia Su causa. Así también conviene a todos aquellos por quienes Jesús ha hecho tanto, ser sensibles al honor de Cristo, cuidadosos de Su nombre y celosos de Su causa. Te sentirás como un miembro de Su cuerpo y que no tienes ningún interés separado de Él.

3. *El mensaje:* «El Maestro está aquí y te llama». María estaba sentada, triste y desolada, en la pequeña casa de Betania. Habían pasado ya cuatro días desde el funeral, y aún no llegaba consuelo. El lugar de Lázaro estaba vacío; la casa se sentía desierta sin él, y Jesús no había venido. Les había enviado un mensaje: «Esta enfermedad no es para muerte»; sin embargo, Su palabra parecía rota y Su presencia ausente. María no sabía qué pensar. “¿Por qué tarda más allá del Jordán?”, se decía. “¿Se ha olvidado de tener misericordia?”. De repente, su hermana le susurra: «El Maestro está aquí y te llama». Cristo estaba cerca de la casa antes de que ella lo supiera. Así sucedió aquella mañana en el lago de

Tiberíades, cuando «se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús» (Jn. 21:4); o aquella tarde, cuando los dos discípulos iban camino a Emaús y Jesús se les acercó, pero sus ojos estaban velados y no lo reconocieron. Así también vendrá la muerte al creyente en Jesús: «El Maestro está aquí y te llama». Así también vendrá Jesús a Su iglesia llorosa y desolada, y esta misma voz despertará a los muertos: «El Maestro está aquí y te llama».

### *b. La ida de María*

1. «*Se levantó de prisa*». Es evidente que María era la más profundamente afectada de las dos hermanas. Marta podía moverse y hablar, pero María se quedó sentada en casa. Sentía la ausencia de Cristo más intensamente que Marta; había creído Su palabra con más fuerza, y cuando esa palabra pareció fallar, su corazón casi se quebró. Ah, ¡qué dolor más profundo es cuando el sufrimiento natural y la aflicción espiritual se juntan! Las aflicciones son soportables si tenemos la sonrisa del rostro de Jehová. ¿Por qué se levanta la que llora y, secando apresuradamente sus lágrimas, con paso ansioso sale por la puerta de la cabaña? Sus amigos estaban sentados alrededor de ella, pero parece olvidarlos por completo. «El Maestro está aquí». Tal es aún la presencia del Señor Jesús para los que lloran. Consoladores miserables son todos ellos «médicos nulos». No tienen bálsamo para un espíritu herido. Miserables consoladores son todos ellos. No tienen bálsamo para un espíritu quebrantado. «El corazón conoce la amargura de su alma» (Pr. 14:10). Pero cuando el Maestro viene y nos llama, el alma revive. Hay vida en Su llamado, y Su voz habla paz: «En mí tendréis paz» (Jn. 16:33). Los dolientes deben levantarse pronto y ir a Jesús. Los que están de luto deben derramar sus penas a los pies de Cristo.

2. *El lugar*: «Jesús aún no había entrado en la aldea». Probablemente Jesús había venido de muy lejos ese día, tal vez desde Jericó. Había caminado a pie hasta llegar al pie del monte de los Olivos y se había detenido bajo los árboles que rodeaban la aldea de Betania. No entró en el pueblo hasta haber terminado la obra por la cual había venido. Quizás tenía hambre y sed, como aquel día en que se sentó junto al pozo de Jacob y dijo: «Dame de beber» (Jn. 4:7). Pero ahora no lo menciona. Su mente estaba absorta en Su misión: resucitar a Lázaro y glorificar el nombre de Su Padre. «Yo tengo una comida que vosotros no sabéis» (Jn. 4:32). «Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe Su obra» (Jn. 4:34). El deleite de Cristo en salvar a los pecadores y en hacer bien a los suyos superaba Su hambre, Su sed y Su cansancio. ¡Oh, ved qué Sumo Sacerdote pronto y dispuesto tenemos para acudir a Él! Y ved también cuál es nuestra verdadera felicidad: hacer la santa voluntad de Dios, sin poner demasiado cuidado en los consuelos corporales. Los que más se asemejan a Cristo y gozan más de Su comunión son aquellos que prefieren Su servicio al descanso o al sustento del cuerpo.

3. *Los judíos siguieron a María*. Vimos antes que fue la bondad natural lo que los llevó a Betania; y ahora esa misma bondad los mueve a seguir a María. No podían comprender su dolor espiritual; pensaron que iba al sepulcro a llorar

allí. Y sin embargo, esto fue el medio que Dios usó para conducir a algunos de ellos al lugar donde nacerían de nuevo. «Muchos de los judíos creyeron en Él». ¡Cuán maravillosos son los caminos de Dios para guiar a los hombres a Cristo! «Y guiaré a los ciegos por camino que no sabían; por sendas que no habían conocido los haré andar» (Is. 42:16). Uno es llevado por curiosidad, como Zaqueo, a escuchar a cierto predicador, y la Palabra le hiere el corazón. Otro va por cortesía hacia un amigo y regresa con el alma traspasada. Su nombre es Admirable; Sus caminos son admirables; Su gracia es admirable (Is. 9:6). Aprende, pues, que es bueno unirse a los piadosos y andar con ellos. Ellos pueden conducirte al lugar donde está Jesús.

### *c. El encuentro con Jesús*

1. *La tierna humildad de María.* Con paso apresurado, María recorrió el sendero pedregoso que la separaba del Señor. Jesús estaba aún en el mismo lugar donde Marta lo había encontrado, y cuando ella se acercó, Él inclinó sobre ella Su mirada compasiva. María lo vio y cayó a Sus pies. ¡Cuántos sentimientos se agolpaban en su pecho en ese momento! Se preguntaba por qué no había venido antes; para ella, eso era un misterio oscuro. Sabía que Él era su Salvador y el Hijo de Dios; sabía que la amaba, y, sin embargo, se postró a Sus pies. Se sentía una pecadora vil, digna de ser hollada; se veía como un gusano, y toda su esperanza descansaba únicamente en Jesús. Ah, hermanos, ¡qué dulce es poder ocupar el lugar de María! Los creyentes más eminentes son los más humildes. Pablo dijo: «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1 Ti. 1:15); y también: «A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos» (Ef. 3:8). Cuanto más cerca se lleva algo a la luz, más oscuros se ven sus defectos; así también, cuanto más cerca vivas de Dios, más verás tu propia vileza.

2. *María repite la queja de Marta:* «Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto». Esto demuestra que las dos hermanas habían conversado a menudo sobre la ausencia de Cristo, y que ambas habían concluido lo mismo: que si Él hubiese estado allí, Lázaro no habría muerto. Sin embargo, esta fue una expresión presuntuosa e incrédula. Quizás María la aprendió de Marta. Y así sucede con frecuencia: somos muy dados a aprender incredulidad unos de otros. La Escritura nos exhorta: «Exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy» (Hb. 3:13). Pero los creyentes, en lugar de animarse, muchas veces se desaniman mutuamente.

3. *La compasión de Jesús.* «Cuando la vio llorando, y a los judíos que la acompañaban también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió». Aquí contemplamos Su humanidad perfecta. Su ojo afectó Su corazón. Cuando vio llorar a aquella a quien amaba tanto, a una creyente tan eminente, a una que Él había lavado y justificado, Su espíritu se turbó. Y al ver también a los judíos llorando—sus amigos meramente humanos—, gimió dentro de sí. Así también, cuando se acercó a Jerusalén y la vio, lloró sobre ella. Cuando vio a la viuda de Naín, tuvo compasión de ella. Cuando vio a las multitudes de Galilea, tuvo

compasión de ellas, porque eran como ovejas sin pastor. Todo esto nos muestra que Él es perfecta humanidad. Él es hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne. Preguntó: «¿Dónde le pusisteis?». Esto también fue humano. Como Dios, Él sabía bien dónde lo habían puesto, pero quiso que ellos lo condujeran a la tumba.

«Jesús lloró». Cuando vio la cueva, la piedra, y a los amigos llorando, «Jesús lloró». Lloró porque Su corazón estaba profundamente conmovido. No fueron lágrimas fingidas; fueron reales. Él sabía que iba a resucitarlo de entre los muertos, y aun así lloró porque otros lloraban. Lloró como nuestro ejemplo, para enseñarnos a llorar unos con otros. Lloró para mostrar lo que había en Él. «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (Hb. 4:15–16).

## 6. «Jesús lloró».

*«Jesús lloró. Dijeron entonces los judíos: Mirad cómo le amaba. Y algunos de ellos dijeron: ¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera? Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta encima. Dijo Jesús: Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días. Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado» (Jn. 11:35–42).*

Cuando Jesús vio a María llorando y a los judíos llorando, gimió dentro de sí y dijo: «¿Dónde le pusisteis?». Ellos respondieron: «Señor, ven y ve». Y mientras lo guiaban por el sendero hacia la cueva de roca, «Jesús lloró». ¡Qué vista tan asombrosa! «Jesús lloró». Aquel que era Hijo de Dios, Quien «no estimó el ser igual a Dios» —infinito en felicidad— y aun así Él llora, tan verdaderamente siente el dolor de los suyos.

### *a. Los sentimientos de los judíos ante esta escena*

1. *Asombro ante Su amor.* «¡Mirad cómo le amaba!». Estos judíos eran todavía hombres mundanos, y sin embargo se maravillaron de tal desbordamiento de amor. Vieron aquella figura celestial inclinada ante la tumba de Lázaro. Oyeron Sus gemidos de agonía. Vieron las lágrimas que caían como lluvia de Sus ojos compasivos. Observaron el estremecimiento de Su manto sin costura. Pero, ¡ah!, no vieron lo que había dentro. Solo alcanzaron a percibir una pequeña parte de Su amor; no vieron su eternidad. No comprendieron que

fue el amor lo que lo llevó a morir por Lázaro. No conocieron la plenitud, la gratuidad, la inmensidad de Su amor. Y, sin embargo, se asombraron de él: «¡Mirad cómo le amaba!». Hay algo en el amor de Cristo que asombra incluso a los hombres del mundo. Cuando Jesús da paz a los suyos en medio de la tribulación; cuando las olas del dolor rodean el alma; cuando las nubes y tinieblas, la pobreza y la angustia abruman su morada; y aun así puede alegrarse en el Señor y decir: «Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya fruto; aunque falte el producto del olivo, y los campos no den mantenimiento; y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación» (Hab. 3:17-18), entonces el mundo se ve obligado a decir: «¡Mirad cómo le amaba!». Cuando Jesús está con el creyente en la muerte, permaneciendo junto a él de modo que no puede ser conmovido, cubriéndolo con Sus alas, lavándolo en Su sangre y llenándolo de santa paz, hasta que clama: «Partir y estar con Cristo es muchísimo mejor», entonces el mundo grita: «¡Mirad cómo le amaba!». «Muera yo la muerte de los rectos, y mi postrimería sea como la suya» (Nm. 23:10).

Vendrá otro día solemne en que todos vosotros, los creyentes, seréis separados y os colocaréis a la derecha del trono, y Jesús os dará la bienvenida, aunque seáis pobres y merecedores del infierno, como para compartir Su trono y Su gloria. Entonces vosotros, los incrédulos, clamaréis con amargo llanto: «¡Mirad cómo los amaba!».

2. *Algunos dudan de Su amor.* «¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?». Poco antes Jesús había dado vista a un hombre que nació ciego, y los judíos que ahora estaban alrededor habían visto el milagro. Y razonaban entre sí: Si Él realmente amaba a Lázaro, ¿no podía haber evitado su muerte? Aquel que abrió los ojos del ciego también podía preservar al moribundo de morir. Dudaban de Sus lágrimas, dudaban de Sus palabras. Esto es incredulidad. Desvía las declaraciones más claras del Señor Jesús con sus propios razonamientos.

¡Cuántos de vosotros habéis rechazado el amor de Cristo de la misma manera! Leemos que Él lloró sobre Jerusalén. Esto muestra claramente que Él no quería que murieran en sus pecados, que no desea que perezcáis, sino que tengáis vida eterna. Y aun así, dudáis de Su amor y rechazáis Sus lágrimas con algún miserable argumento propio. Jesús dice: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mt. 11:28). Esta es una declaración sencilla, pero vosotros la anuláis diciendo: “Si Cristo realmente quisiera darme descanso, ¿no me habría traído ya a Él?”. La incredulidad convierte la manifestación misma del amor de Cristo en amargura y desconfianza. Algunos hombres, cuanto más ven de Cristo, más duros se vuelven. Estos judíos lo habían visto dar vista al ciego y llorar por Lázaro, y sin embargo solo se endurecieron más. Cuidaos de que no os suceda lo mismo. Guardaos, no sea que, cuanto más oigáis de Cristo y de Su amor por los suyos, más se endurezca vuestro corazón.

## b. La tumba

1. *El mandamiento*: «Quitad la piedra». Los caminos de Cristo no son como nuestros caminos, ni Sus pensamientos como nuestros pensamientos. Uno podría haber pensado que Él ordenaría a la piedra apartarse con Su sola palabra. Cuando Él mismo resucitó, «el ángel del Señor descendió del cielo, y llegó y removió la piedra de la puerta, y se sentó sobre ella» (Mt. 28:2); pero ahora no lo hizo así. Dijo a los hombres: «Quitad la piedra».

Por dos razones: (1) Quiso manifestar la incredulidad de Marta, para que se hiciera evidente. La incredulidad en el corazón es como un mal humor<sup>3</sup> en una herida: si se oculta, supura. Por tanto, Jesús quiso sacarla del corazón de Marta. (2) Para enseñarnos a usar los medios. Los hombres alrededor de la tumba no podían dar vida al muerto Lázaro, pero sí podían quitar la piedra. Ahora Jesús estaba a punto de usar Su poder divino para despertar al muerto, pero no quitaría la piedra.

¿Tenéis alguno de vosotros un amigo inconverso por quien oráis? Sabéis que solo Cristo puede darle vida, que solo Cristo puede llamarlo a salir. Sin embargo, vosotros podéis quitar la piedra; podéis usar los medios. Podéis llevar a vuestro amigo bajo la fiel predicación del evangelio. Habladle; escribidle. «Quitad la piedra».

2. *La incredulidad de Marta*: «Señor, hiede ya, porque es de cuatro días». María guardó silencio. No sabía lo que Jesús iba a hacer, pero sabía que Él haría todas las cosas bien. Sabía que Él estaba lleno de amor, de sabiduría y de gracia. Pero Marta clamó. Olvidó todas las palabras de Cristo. Olvidó Su mensaje: «Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella» (Jn. 11:4). Olvidó Su dulce declaración: «Tu hermano resucitará», y «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá» (v. 25). Olvidó incluso su propia confesión de que Jesús era el Hijo de Dios. Y ved cómo habría impedido su propia misericordia. Amaba tiernamente a su hermano, y, sin embargo, habría querido que la piedra permaneciera sobre la boca de la cueva. Ella estaba poniéndose en su propia luz.

3. *La reprensión de Cristo*: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?» (v. 40). Cristo le había enviado este mensaje: «Esta enfermedad no es para muerte». Ahora recuerda Su palabra: «¿No te he dicho...?», como si dijera: «Marta, ¿has olvidado mis palabras? ¿Soy yo mentiroso, o mis palabras son como aguas que se derraman? ¿Soy hombre para que mienta, o hijo de hombre para que me arrepienta?» (ver Nm. 23:19). Ved cómo la incredulidad hiere a Jesús. «El que no cree... le ha hecho mentiroso» (1 Jn. 5:10). Tendréis un infierno más profundo que los paganos. Ellos serán desechados por causa de sus pecados, pero vosotros por vuestro pecado y vuestra incredulidad. «El que no cree ya ha sido condenado» (Jn. 3:18).

---

<sup>3</sup> **mal humor** – fluido infectado.

### c. La oración y acción de gracias de Cristo

1. *Su oración fue secreta.* No se nos dice ninguna palabra que Él haya pronunciado; pero sin duda, durante Sus gemidos y lágrimas, oraba en secreto a Su Padre. Aun en medio de la multitud, Jesús estaba a solas con Su Padre, orando por los suyos para que su fe no faltase. Las lágrimas de Cristo no eran meras lágrimas de sentimiento; eran también lágrimas de ferviente oración. Su compasión no es vacía simpatía, sino verdadera intercesión. Cristo te enseña a orar en los momentos de prueba repentina. Aun cuando no puedas hallar un lugar apartado, levanta tu corazón a Él en medio de la multitud. Ah, hermanos, un alma sincera nunca carece de un lugar donde orar y encontrarse con Dios. Si eres hijo de Dios, hallarás algún rincón secreto donde orar. No basta decir: “oraré mientras camino, o mientras trabajo, o cuando esté entre otros”. No, eso no puede ser tu tiempo de oración durante el día. Satanás está a tu diestra. Busca estar a solas con Dios. Pasa tanto tiempo como puedas cada día a solas con Él; y entonces, en las tentaciones o aflicciones repentinas, podrás levantar fácilmente tu corazón, aun entre la multitud, al oído de tu Padre.

2. *Su acción de gracias:* «Padre, te doy gracias porque me has oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado» (vv. 41-42). Observa con qué rapidez<sup>4</sup> responde el Padre a la oración de Cristo: «Tú siempre me oyes». Cada intercesión que Cristo hace es contestada. En el momento mismo en que pide, es oído. Si sabemos que Cristo ora por nosotros, entonces sabemos que tenemos lo que Él desea.

Cristo da gracias. Tan completamente uno es Cristo con los suyos, que Él da gracias en nuestro nombre. Esto nos enseña no solo a orar, sino también a dar gracias.

Él lo hace en voz alta para que todos los que lo rodean crean en Él. Cristo siempre estaba buscando la conversión de las almas; aun aquí, en Su oración y acción de gracias al Padre, lo hace con ese propósito. Habla en voz alta para que los que lo rodean crean en Él como el enviado de Dios y el Salvador del mundo. Sí, hermanos, Él lo deja registrado aquí para que vosotros creáis en Él. Para este fin se presenta Cristo ante vosotros en el evangelio: como el enviado de Dios, el Salvador compasivo, el Mediador y el Intercesor, para que creáis en Él.

## 7. La resurrección de Lázaro

*«Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir. Entonces muchos de los judíos que habían venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús,*

---

<sup>4</sup> rapidez – éxito.

*creyeron en él. Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho» (Jn. 11:43-46).*

### *a. La resurrección del Lázaro muerto*

1. *El tiempo:* «Y habiendo dicho esto». Cuando Jesús oyó por primera vez que Lázaro estaba enfermo, permaneció dos días en el lugar donde se hallaba. Lentamente y con calma, se dirigió hacia Betania, de modo que cuando llegó bajo sus higueras, un aldeano le dijo que Lázaro ya llevaba cuatro días en el sepulcro. Sin embargo, Jesús no se apresuró; esperó hasta haber sacado a la luz la incredulidad de Marta y María; esperó hasta haber manifestado Su propio corazón tierno y compasivo; esperó hasta haber dado públicamente gracias al Padre, mostrando así que Él había sido enviado de Dios. «Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera!».

Su tiempo es el tiempo perfecto. Así será también al dar vida a Israel. Israel, como Lázaro, ha estado en su tumba por mil ochocientos años. Sus huesos están secos y son muchos. Desde que habló contra ellos, no los ha olvidado, sino que aún los recuerda con fervor; y llegará el día en que derramará sobre ellos el Espíritu de vida y los hará salir, siendo vida para un mundo muerto. Pero esto será en Su propio tiempo. Jesús no se apresura. Espera hasta haber revelado la incredulidad de los hombres y manifestado Su corazón compasivo. Entonces, cuando llegue Su momento, clamará: «¡Israel, ven fuera!». Así también será en la liberación de la iglesia, así en la liberación de cada creyente individual. «Porque aún un poco, y el que ha de venir vendrá, y no tardará» (Hb. 10:37).

2. *La obra:* «Clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas» (Jn. 11:43-44). ¡Qué escena tan extraordinaria fue aquella! Era un lugar apartado del estrecho valle donde se hallaba Betania, y la multitud estaba de pie junto al sepulcro recién abierto de Lázaro. Era una cueva excavada en la roca, y la gran piedra que había sido colocada a la entrada estaba ahora removida. Los judíos estaban alrededor, preguntándose qué haría Él. Los robustos aldeanos de Betania se inclinaban sobre la piedra movida y miraban dentro de la oscura cueva. Marta y María fijaban sus ojos en Jesús, y un profundo silencio se apoderó del grupo. Frente a la entrada de la cueva estaba el Salvador, con las lágrimas aún en el rostro, Sus ojos levantados hacia Su Padre. «Clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera!» (v. 43). La cueva hueca resonó con aquel sonido solemne. El oído de Lázaro estaba muerto y frío, sus miembros rígidos e inmóviles, los párpados cerrados, y el frío y húmedo toque de la muerte reposaba sobre su frente. Las vendas lo envolvían y su rostro estaba cubierto con un sudario, cuando de pronto el grito: «¡Lázaro, ven fuera!», despertó al muerto. Aquel clamor penetró en la cueva profunda y, a través del húmedo sudario, llegó al oído muerto. El corazón comenzó repentinamente a latir, y la cálida corriente de vida a fluir de nuevo por las venas del hombre. El calor vital y el sentido del oído regresaron. Era una voz conocida. «¡La voz de mi amado!» (Cnt. 2:8), podría haber dicho. «Él me llama por mi nombre». Entonces se levantó. «Y el que había muerto salió, atadas las manos

y los pies con vendas” (Jn. 11:44). ¡Qué simple, y sin embargo, qué glorioso! Jehová habló, y fue hecho. «La voz de Jehová es poderosa; la voz de Jehová es majestuosa. La voz de Jehová quebranta los cedros; sí, Jehová quebranta los cedros del Líbano» (Sal. 29:4-5). Ahora se cumplían las palabras de Cristo: «Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella» (Jn. 11:4). Cristo manifestó Su gloria como la resurrección y la vida.

3. *La resurrección.* Así es como Cristo levantará a todos los que han muerto en el Señor. «No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación» (Jn. 5:28-29). Se acerca un día en que todo oído muerto oirá esa misma voz que clama: «¡Salid! ¡Salid!».

Aprended, pues, a no lamentar a los creyentes que han partido como los que no tienen esperanza: «Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en Él» (1 Ts. 4:14). El polvo de Lázaro era precioso para Jesús; no quiso dejarlo en la tumba de piedra. Así también, el polvo de cada Lázaro le es precioso. No perderá ni uno solo. No importa dónde reposen: bajo el verde césped, en lo profundo del mar, en algún campo de batalla lejano o consumidos entre fuego y humo. El Señor Jesús recogerá el polvo disperso de cada uno de ellos y los hará semejantes a Su cuerpo glorioso.

Aprended a no temer a la tumba. No hay nada de lo que naturalmente retrocedamos más que de la sepultura. Ah, es cosa terrible dejar la compañía de los vivos y recostarse en la casa angosta, con la mortaja como único vestido, el ataúd como lecho y el gusano como compañero. Es humillante. Es repulsivo. Pero si eres de Cristo, aquí está tu victoria: «En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?» (1 Co. 15:52-55). Fija tu mirada en Jesús ante la tumba de Lázaro. Así se parará Él sobre la tumba de un mundo dormido y clamará: «¡Ven fuera!».

¡Oh hombre sin Cristo! ¡Tú también oirás esa voz! Tu alma la oirá en el infierno; tu cuerpo la oirá en la tumba; y la muerte y el infierno entregarán los muertos que hay en ellos. No oyes Su voz ahora, pero tendrás que oírla entonces. Saldrás, como Lázaro, y estarás ante Dios. Quizá quisieras quedarte inmóvil en la tumba. “¡Oh, que las rocas caigan sobre mí, y los montes me cubran!”. Quizá te aferres a las paredes de la tumba y abras tu frágil ataúd con tus brazos. Tal vez tu alma quiera permanecer en el infierno y diga: “¡Déjame en paz! Que las

olas ardientes pasen sobre mí para siempre; que los gusanos muerdan y nunca mueran”. Pero deberás salir, para resurrección de condenación. Te levantarás «para vergüenza y confusión perpetua» (Dn. 12:2).

4. Él se manifestó como «*la vida*». Así es como Cristo da vida a las almas muertas. «De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán» (Jn. 5:25). El alma del no convertido entre vosotros está tan muerta a las cosas divinas como el cuerpo de Lázaro lo estaba a las cosas naturales. Hay una muerte total en todo pecho no regenerado. No es una figura del lenguaje. No es una muerte figurada, sino real, tan real como la de Lázaro. Tu ojo no ve las cosas divinas; tu oído no las oye; tu corazón no las siente. Es la voz de Cristo la que despierta al alma muerta. Jesús habla por medio de la Biblia, por medio de los ministros, por medio de las providencias. Su voz puede alcanzar a los muertos. Él da vida a quien quiere. Los que oyen, viven.

Aprende que es correcto que los ministros y los amigos piadosos den advertencias, llamamientos e invitaciones a los que están espiritualmente muertos. A algunos les parece extraño que creamos a los hombres espiritualmente muertos y, sin embargo, les exhortemos, los llamemos e invitemos a arrepentirse y creer en el evangelio. Pero así fue como Jesús trató con un Lázaro muerto, y así trata todavía con las almas muertas. Es a través de estas advertencias, llamamientos e invitaciones que Jesús habla a vuestros corazones muertos. Todos los que han sido salvados en este lugar oyeron la voz de Cristo cuando estaban muertos. Los creyentes piadosos entre vosotros debéis continuar dando estos llamamientos y advertencias, aunque vuestros amigos parezcan tan muertos como lo estaba Lázaro.

Aprende dónde buscar la vida espiritual. No fue la voz de María, ni la voz de Marta, ni la voz de los judíos la que levantó al Lázaro muerto. Ellos pudieron quitar la piedra, pero no pudieron hacer más. No podían resucitar al muerto. Fue la voz de Emanuel, de Aquel que es la vida de todos los que viven. Así sigue siendo, queridos amigos. Es sólo Su voz la que puede despertaros. No es mi voz, ni la de vuestras amorosas Martas y Marías. Debe ser la voz de Jesús, o dormiréis y moriréis en vuestros pecados; y donde Cristo ha ido, vosotros nunca podréis llegar. Muchas veces, la voz de los ministros ha resonado en esta casa y en vuestros oídos, y habéis continuado viviendo en pecado. Pero cuando la voz de Cristo habla por medio de la Palabra, entonces os levantaréis, dejaréis todo y Le seguiréis.

### *b. El efecto sobre los que estaban presentes*

1. *Muchos creyeron en Él.* Fue un día feliz en Betania. Él transformó la sombra de muerte en mañana. Marta y María convirtieron su amarga tristeza en un cántico de alabanza. Su hermano sepultado fue restaurado a sus brazos, sano y salvo. Y puedo imaginar la emoción con que cantaron aquella tarde, en

su culto familiar: «Vuelve, oh alma mía, a tu reposo, porque Jehová te ha hecho bien» (Sal. 116:7).

Otra alegría fue esta: toda su incredulidad desapareció. Cristo era como una mañana sin nubes. Su demora, Su promesa, Su prueba—todo quedó explicado. Y mientras María se sentaba a Sus pies aquella noche y oía Sus palabras, sintió más que nunca que era imposible que Cristo mintiera.

Pero una alegría aún mayor permanecía: «Muchos de los judíos creyeron en Él». Fue una noche de nacimiento para la eternidad. El Pastor encontró ovejas perdidas aquella noche. La voz que llamó a Lázaro a salir penetró en muchos corazones. La cabaña de Betania sería como un pequeño cielo aquella noche. Observa qué los llevó a creer: «Cuando vieron las cosas que Jesús hizo». No fue la vista de una sola cosa, sino de todo lo que Jesús hizo; así como el ladrón moribundo creyó en Cristo no por ver una sola cosa, sino por contemplar todo lo que Jesús hizo. Cuando vio Su santa persona, Su serenidad, Su amor, Su compasión, no pudo sino reconocer que aquel era el Hijo de Dios y el Salvador del mundo. Así también con estos judíos. Vieron el asombroso amor de Jesús hacia Lázaro, Marta y María. Vieron Sus lágrimas. Escucharon Sus gemidos. Lo oyeron dar gracias y alabar a Su Padre. Y no pudieron sino creer en Él. Dos cosas especialmente vieron: el poder divino y el amor divino hacia los pecadores. Es lo mismo que persuade hoy a los pecadores a creer en Él: ver en Cristo tal amor, que está dispuesto a salvar, y tal poder, que es capaz de hacerlo. ¡Oh, cuán feliz sería si muchos de vosotros creyeseis en Él! Si fuerais movidos hoy a asirle como vuestro fiador, vuestro hermano mayor y vuestro amigo.

2. *Algunos fueron y lo contaron a los fariseos.* Algunos fueron salvos, y otros endurecidos.

Sus compañeros fueron salvados, pero ellos no. Salieron de Jerusalén juntos, extraños a Dios y a la conversión. Unos fueron tomados, y otros dejados. Así ha sido siempre. He pensado muchas veces, cuando los pecadores han sido quebrantados y salvados en este lugar: “Seguramente sus vecinos también serán alcanzados”. Pero muchas veces ocurre lo contrario. ¿No hay entre vosotros quienes os habéis endurecido mientras otros, a vuestro lado, han sido salvados?

Amaban a Marta y a María, pero no fueron salvos; amaban a las hermanas, pero odiaban a Cristo. Eran amigos de Marta y María, y parecían amar más a María; sin embargo, no amaban al Señor Jesús. Así sucede también ahora. Hay entre vosotros quienes amáis a nuestras Martas y Marías, y no amáis a Cristo. ¡Ah!, aquellos a quienes amáis pronto serán separados de vosotros para siempre.

Sus objeciones fueron respondidas, y aun así no fueron salvos. «¿No podía este, que abrió los ojos del ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?» (Jn. 11:37). Objetaban que Su amor no era verdadero, pues, de haberlo sido, no habría permitido que Lázaro descendiera al sepulcro. Pero aquí su objeción queda anulada. Lázaro es resucitado, y con ello se les demuestra que Jesús lo amaba. Su boca queda cerrada. Sin embargo, no se vuelven a Él. ¡Ay!, así sigue siendo hoy. Muchos dicen: “Si supiera que Cristo está dispuesto a recibirme,

vendría”. Se les quita la objeción, y aun así no vienen. “Si tuviera ropa”. “Si estuviera libre de mis cargas familiares, empezaría a preocuparme por mi alma”. Pero, aunque se les quite la objeción, permanecen tan descuidados como siempre.

Cuanto más veían de Cristo, más lo odiaban. No solo no creyeron en Él, sino que fueron y lo denunciaron a Sus enemigos mortales, conspirando para Su destrucción. ¡Ah!, esto es casi increíble. ¡Qué corazón tan diabólico es el corazón natural del hombre! No sólo rehúsan ser salvado por Cristo, sino que odias Su nombre y Su causa. «He aquí, pongo en Sion piedra de tropiezo y roca de caída; y el que creyere en Él, no será avergonzado» (Ro. 9:33). ❧